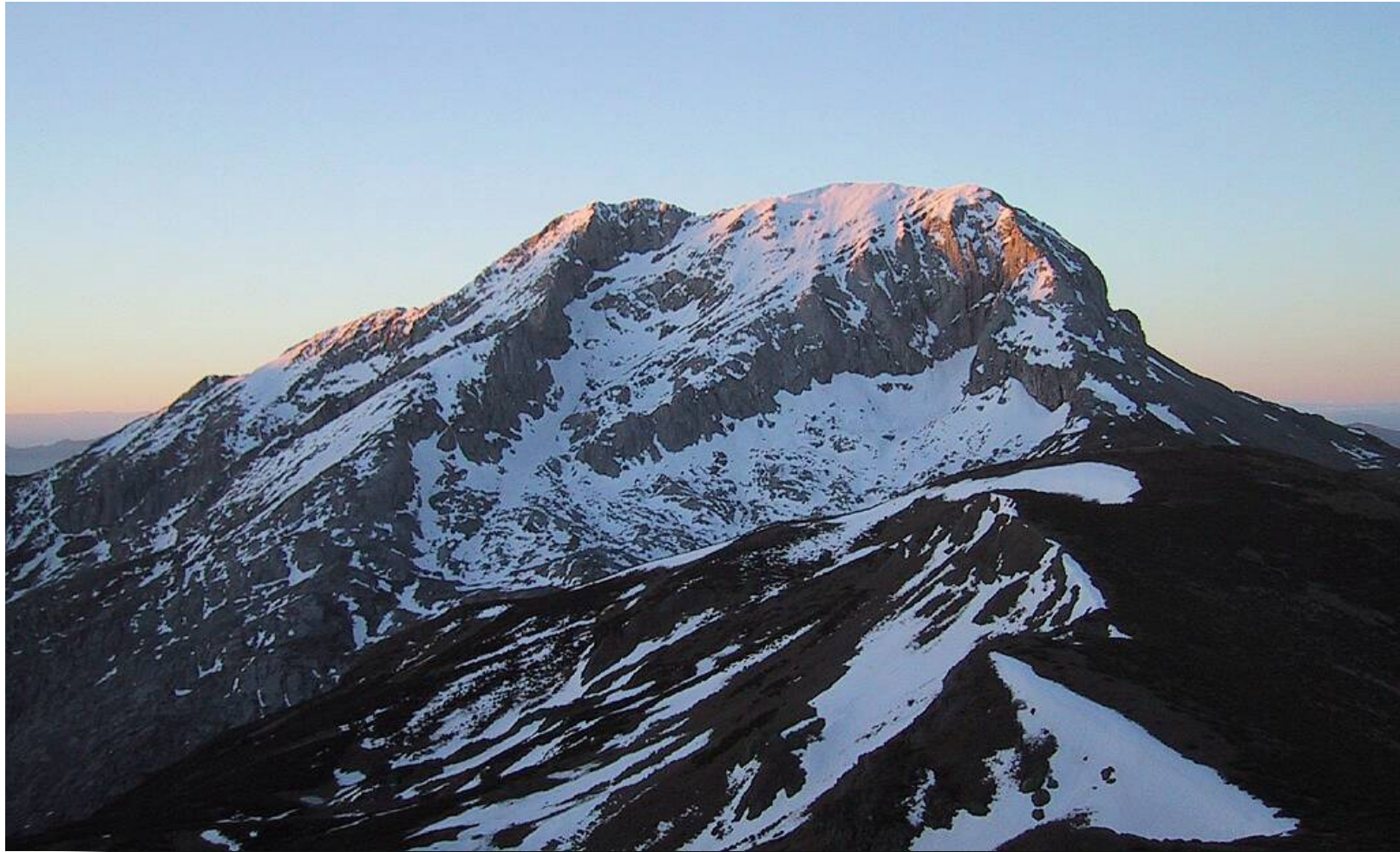


Espigüete



Espigüete

La soberbia nunca baja de donde sube, porque siempre cae de donde subió.

Quevedo

Donde hay soberbia, allí habrá ignorancia; mas donde hay humildad, habrá sabiduría.

Salomón

Todos los hombres pueden caer en un error; pero sólo los necios perseveran en él.

Marco Tulio Cicerón

El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre.

Albert Camus

¡Hostias! cuando le pille al que escribió la reseña de esta subida le retuerzo el pescuezo. Poco difícil. Si esto es poco difícil cómo será cuando la cosa se ponga difícil.

He perdido de vista a la cordada de tres que me iban marcando el camino de subida. Pero si ellos han subido por aquí, yo también.

Las sensaciones no son buenas. No me parece que la manera en que subían los que me preceden fuera la más correcta. Si uno de ellos tuviera un tropiezo, tal y como van atados, arrastraría a los otros dos. Subo procurando situarme fuera de su línea de caída. Se masca la tragedia.

La mañana ha comenzado rara. Las sombras que arrojaba la cara norte de esta montaña sobre el amanecer parecían querer preservar ese mundo de magia y de sueños de la noche. Sueños como el que me ha parecido ver tomar cuerpo en forma de greñas y ropajes de hippie trasnochado alejándose del refugio. Como ese tenue y lejano sonido de flauta que parecía llegar del corazón de la montaña mientras me calzaba los crampones. Como el ver al hippie tocando la flauta encaramado en un risco a mi izquierda, en el lugar en que las luces ganan el terreno a las sombras. Como al reconocer a un mutante, que sube ¡sin crampones! y como una locomotora, me alcanza, me sobrepasa y desaparece frente a un resalte rocoso a mi izquierda, después de ponerse los crampones a una velocidad de vértigo. A su lado voy a cámara lenta y espeso, como el cemento que parece lastrar mis botas.

Siento correr el sudor que brota de las axilas y baja por los brazos y las costillas. La boca la tengo seca como el papel de lija. Miro por entre las piernas hacia abajo y veo una pala nevada, sembrada de rocas, que termina abruptamente en un cortado al vacío, por el que he pasado hace un rato con infinito cuidado.

La sensación de desprotección es absoluta. El regatón del Gabarrou apenas entra un centímetro en la dura nieve y el bastón bastante hace ayudándome a guardar el equilibrio. Echo en falta disponer de un segundo piolet.

El camino no está definido. Trato de mantener la calma concentrándome en buscar la mejor alternativa entre los campos de nieve que sortean rocas dispersas. Hay un momento en que pierdo la noción del tiempo que llevo subiendo. Al levantar la vista para ver cuánto me falta descubro a pocos metros a otro montañero que mira

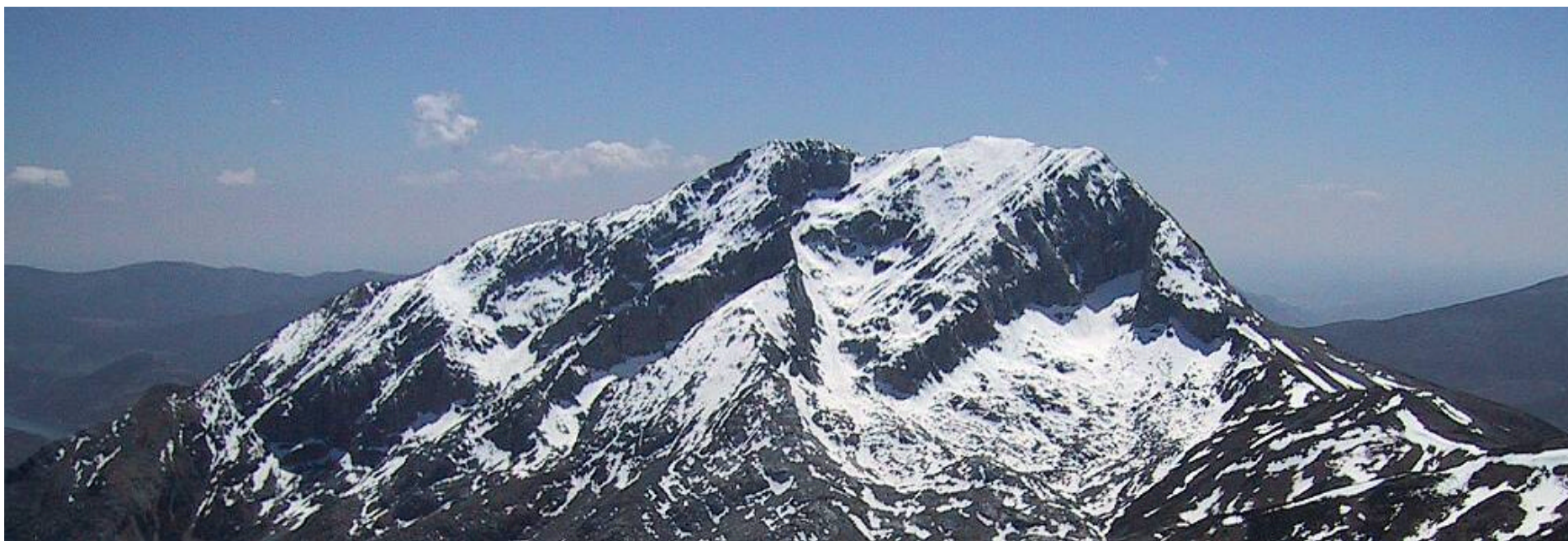
hacia un lado. Cuando se quiere dar cuenta estoy a su vera y se lleva un susto morrocotudo al verme aparecer de la nada. Estoy en la cima. Tengo la sensación de que ha acabado antes de lo previsto.

Me pregunta por el camino de bajada y le respondo que desde luego yo no pienso bajar por donde he subido ni drogado. Le informo de que por la arista este, la única dificultad es una escalada breve y aérea por buena roca de grado PD-. Detrás de él un numeroso grupo de montañeros-as van llegando hasta donde nos encontramos. Van con muy buen material, pero al parecer a algunos-as les faltan tablas. La democracia en estos casos no parece ser de gran ayuda y les dejo discutiendo por dónde bajar.

La verdad es que tengo el mismo problema que ellos. Hacia el oeste hay otra cima y empiezo a dudar si he subido por el corredor norte. El montañero que me ha adelantado a la carrera, subiendo más hacia el este de la ruta que he seguido, me saca de dudas. La cima

principal es la otra y de ella baja un corredor más fácil que cualquiera de las vías que suben por la cara norte a esta cota. La zona por la que le he visto desviarse me ha parecido bastante complicada, pero dice que no es para tanto, que le apetecía hacer algo de mixto. Me parece que este tipo es una máquina de escalar, que se encuentra a bastantes años luz de mí.

La arista nevada que me lleva a la cima principal tiene “ambiente”. Remoloneo picoteando y bebiendo un poco sin acabar de decidirme por dónde bajar. Llegan y se van montañeros, pero todos hacia el sur. Por fin llega un madrileño con el que conecto de inmediato y juntos iniciamos el descenso por lo que sí parece ser el verdadero corredor norte. Ha seguido mis pasos en la subida y le ha parecido más complicado de lo que señalaba la reseña que traía. La confianza que da la agradable compañía hace de la bajada un agradable paseo y una entretenida tertulia. Nada que ver con la subida.



PD = Poco difícil = no era muy difícil

Montaña en el norte de Palencia, Castilla ¿no? + no es un tres mil + subida en 2:30 horas + acababa de subir en solitario la norte del San Lorenzo = pan comido y posiblemente en casa.

¡Craso error!

Cuando vislumbré desde la carretera de Cervera el perfil triangular que ofrecía su vertiente este, empecé a creer que quizás Txema tenía algo de razón al decir que era una montaña seria, en la que muchos montañeros habían perdido la vida.

La descripción que tenía del corredor norte, se prestaba a confusión por cómo describía el comienzo de la vía. Ver a la cordada que me precedía marcando la subida, me hizo seguir sus pasos, a pesar de que me parecía un terreno más empinado que PD.

Resultado: pasé más miedo que hambre, hasta que conseguí dominar al pánico. Desde un punto de vista mental, la vía me superaba claramente, pero aún así la satisfacción de salir por arriba fue impagable.

Al cabo de unos años, descubrí en un libro, que había subido por la variante del corredor NE (AD) que pasa al lado de una cueva (estuve en ella) y había bajado por el corredor N. Más de lo que debía haber hecho en aquella ocasión.

En cualquier caso aprendí la lección y comencé a prepararme en condiciones. Cursos, lecturas, guías, técnica, meteorología, orientación, ... Pero había algo que desde esta salida había empezado a preocuparme. Lo que hasta ahora no había sido más que otra afición estaba tomando un carácter adictivo. Leyendo un artículo sobre la moda de los deportes de riesgo, explicaban que su cariz adictivo venía dado por la sensación placentera de la producción de endorfinas al verse el cuerpo humano en situaciones de riesgo. Vamos que tenían todas las características de una droga auténtica (subidón, bajada,

adicción, mono, ...). Y la verdad es que mis salidas se estaban multiplicando (caras norte, corredores, raquetas, esquí de fondo, de travesía, ...), pero yo no quería ser un lo-que-sea-adicto, y desde luego, si había un error que quería evitar era aquél que eliminaba la posibilidad de volverlo a intentar.

